



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12722

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

LUNES 20 DE JUNIO DE 1904

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París A. Lorette, rue Caumartin 16; J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

## SOCIEDAD PROGRESIVA

CARTAGENA

BANCA — CAMBIOS. — DESCUENTOS. —

VALORES PÚBLICOS. — CUENTAS CORRIENTES

CAJA DE AHORROS

Con 5 O/O de interés anual

Plaza de Castellini, hoy Mariano Sanz, 10, bajo.

## En defensa del Arsenal

A la hora que escribimos estas líneas va rodando por los campos manchegos el tren que lleva a la capital de la nación la comisión de la maestranza. A la hora que las leen nuestros lectores ya habra dado comienzo á la labor penosa que la conduce allí.

Salíó ayer llevándose los deseos de todos y al perderse el tren por detrás de la línea que corta el horizonte, ¡Dios la inspire! exclamamos.

Se reunió en la Casa Consistorial y la formaban los señores siguientes:

Alcalde accidental D. Juan Sánchez-Doménech; síndico municipal D. Salvador Castelo; secretario del municipio D. Juan Palacios; obreros designados por la maestranza Tomás Cabas, Daniel Andreu, Francisco García, José María Martínez y Pedro García; presidente del Círculo liberal dinástico don Francisco Conesa Balanza; presidente de la Cámara de Comercio y del Sindicato minero D. José María Pelegrín; presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País y director de las obras del

dente del Círculo-Ateneo D. Leopoldo Candido; administrador delegado de la Compañía del Ensanche D. Diego Cánovas; ex-senador del reino D. Luis Angosto y Lapizburú, D. Carlos Calia y algún otro señor que no recordamos, y, según nuestras noticias, en breve saldrán con igual dirección, para unirse á los comisionados y gestionar juntamente con ellos, el ex-alcalde de esta ciudad D. Ramón Cendra y el presidente de la Asociación de propietarios D. Augusto Nordensfelds.

Media hora antes de la citada, es decir á las dos y media, comenzaron á acudir los expedicionarios, y los representantes de la prensa local y de Madrid que iban á cumplir la obligación que tienen de ver para informar á sus periódicos.

A partir de la hora mencionada la animación fué aumentando por instantes, llegando á su apogeo á las tres, que era la hora de marchar a la estación.

Y cosa rara: ó la animación que habia ayer en el ayuntamiento no era la alegre y propia de las multitudes que se juntan para despedir

á unos viajeros, ó habia en nuestro animo algo muy triste que saturaba de tristezas cuanto nos rodeaba. Tal vez fuese lo uno y lo otro. El tema de las conversaciones era el motivo que lleva a Madrid a la comisión y es natural que la maestranza que llenaba el edificio, para despedirla, estuviese hondamente preocupada acerca de lo que le reservara la suerte, como es muy natural también que los comisionados experimentaran las sensaciones desagradables de la duda respecto al resultado que dara su gestión.

A las tres el alcalde dió la orden de partir y comenzó la desfilada Municipal, obreros, presidentes de sociedades y representantes de la prensa abandonaron la alcaldía, hendiendo la masa de obreros que ocupaban la escalera, el zaguap, la entrada y parte de la plaza del ayuntamiento, desafiando estos últimos las caricias crueles del inelmente sol. Y eran de ver aquellos señores que pasaban silenciosos, llevando en los semblantes el sello de su preocupación y era de contemplar la masa obrera, respetuosamente descubierta, callada, agradecida, pensando en lo que puede suceder si las gestiones de aquellos hombres que pasaban graves, sintiendo la enorme pesadumbre del motivo que les lleva a Madrid, no dieran resultados.

Desde lo alto de la escalera contemplamos el espectáculo agarratados por la emoción; pensando en el inseguro porvenir de tantos padres de familia; en lo que será de Cartagena si no se deja convencer Ferrandiz; y á la soia suposición de que pudiera ocurrir desgracia tan tremenda, sentimos alla en lo profundo, en lo mas íntimo del alma, el frio de los grandes desconsuelos.

¿Es esto pesimismo? Lo ignoramos. La preocupación que nos acosa desde que leímos el presu-

puesto de Marina es un presentimiento?

Tal vez no; sin duda esa preocupación nos duele tanto porque nos damos cuenta exacta de la magnitud del conflicto que se produciria si se cerrara el arsenal.

En los carruajes que esperaban á la puerta, tomaron asiento los individuos de la comisión; y al paso, seguidos por la maestranza toda y buen golpe de gente extraña á aquella, dirigieronse á la estación del ferrocarril.

En modesto vehículo que alquilamos en la plaza de Santa Catalina, por distinto camino y en compañía del director de nuestro colega «Las Noticias», el concejal señor Pareta y el ex-juez municipal señor Cañete, nos dirigimos también á la estación férrea para presenciar la llegada de la manifestación.

No se hizo esperar mucho; desafiando los rayos solares que caían como plomo derretido, invadió la carretera, penetró en el andén y la parte que no cupo en éste se posesionó de las alturas proximas.

Aparte los obreros del establecimiento del Estado y de muchos de la industria privada que se habian sumado á aquéllos, veíase allí al ex-senador D. Justo Aznar, al diputado por esta circunscripción D. Angel Mazona, al concejal don Fulgencio Vera Rex, á don Ramón Laymón, á los concejales señores Jorquera y Pareta, muchos comerciantes ó industriales, los representantes de la prensa de Madrid señores Baulista Monserrat, del periódico «España»; Barado, del «Heraldo de Madrid»; Gutiérrez de «El Liberal» y Barba, de «La Correspondencia».

Al arrancar el tren sonó un aplauso, se agitaron en el aire los sombreros y en tanto que el férreo convoy se perdió tras la sinuosa línea conque la tierra corta el horizonte, llevándose á los que son hoy esperanza de los trabajadores

del arsenal, se dispersaban éstos pensativos ó impacientes porque pasen las horas para tener noticia de lo que hace y logra la comisión cartagenera.

La despedida tuvo segunda parte; y aunque pasa casi por artículo de fe que nunca segundas partes fueron buenas, esta de que vamos a hablar si lo fue.

Al parar el tren en el apeadero de los Molinos, los viajeros se vieron sorprendidos al mirar el andén lleno de gente. Eran los obreros de aquel barrio y muchos, muchísimos que no son obreros, que quisieron realizar y realizaron un acto de adhesión, manifestando que en lo de protestar contra los proyectos de Ferrandiz, tanto por lo que afecta al hierro como á las reformas de Marina, piensa, siente y quiere lo que quiere, siente y piensa Cartagena, esto es, que no se supriman en el arsenal los servicios industriales porque suprimiéndolos sobra la maestranza, y que en las tan cacareadas reformas, por lo que afecta á los trabajos, se haga un reparo más equitativo.

Y quieren algo más. Lo dijo á los comisionados obreros nuestro amigo el vecino de aquel barrio don Ginés Peragón.

—Un grupo de vuestros compañeros me aconseja, señores, que aparte el deber que tenéis de defender el pan de todos, debéis volver por los prestigios de la profesión, puestos injustamente en entredicho en muchas ocasiones, especialmente durante las guerras coloniales.

Realmente no holgaba la alocución; pues hay que advertir que desde el primer día están dispuestos los trabajadores á despejar su situación, aunque al hacerlo originen molestias.

Entre las muchas personas que acudieron al apeadero de los Molinos á despedir á los viajeros vimos una comisión de la Junta de obras

LOS DOS HERMANOS

313

de una cacería, este le reconvinó amistosamente por su preocupación.

—No es preocupación, mi querido general, sino inquietud.

—¿Es posible que?...

—¿Vais á decirme que debía estar muy contento?

—Justamente.

—Estoy contento cuanto puedo estarlo; más temo que los azares de la guerra me impidan proveer al porvenir de mis sobrinas, á quien quiero como si fuese mi hija.

¡Ah! yo querría casarla con un hombre que fuese digno de ella, y...

—¡Oh! no faltarán pretendientes á vuestra sobrina.

—Eso ya lo sé.

—¿Es tan extraordinariamente hermosa?

—Y añadió á ese un medio millón de renta cuando yo falte, y otro tanto de su madre; con que ya veis que son tales cuales elementos de matrimonio.

—Nunca he visto un conjunto de gracias tan completo!

—He concebido un proyecto, general, y voy á confidenciarlo.

—¿A mí, conde!

LOS DOS HERMANOS

312

—Como gustéis, condesa; pero me permitiréis advertiros que la posición de la condesa Ostroff exige en cierto modo una estancia más adecuada.

Por tanto voy á dar orden de que habiten una estancia digna de vos en el palacio, lo que no basta para que hagais lo que os plazca de la casita.

Ostroff unió sus instancias á las del general, y la condesa concluyó por acceder á ellas.

La fortuna de la familia de Ostroff era muy considerable, y la parte que recaía en María por la defunción de su esposo, le aseguraba lo mismo que á su hija, una posición brillante.

El conde se apresuró á tomar las disposiciones necesarias para que su hermana política fuese puesta en posesión de la herencia de Miguel, y despachó á San Petersburgo un correo con las instrucciones convenientes para sus administradores y agentes de negocios.

Arreglado este punto, y en la previsión de los percances de la guerra, se ocupó también de su testamento, por el que instituyó por su única heredera á la hija de su hermano.

Una tarde, que parecía más preocupado que de costumbre, y que estaba solo con D'Arrow de vuelta

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 309

Esta deploraba ahora su imprudencia, y escusando su vivacidad, la volvió á la casita con ayuda de Blanca.

María, á quien daremos en lo sucesivo su verdadero título, se repuso poco á poco de su asombro, y pudo saber de boca de su padre que el conde, su hermano político, iba á hacer en seguida las diligencias necesarias para devolverle su posición, y establecer la de Blanca.

—Si, señora, sí, mi querida hermana; la fortuna de Miguel es vuestra desde hoy, y la mía vendrá también á parar á vos, porque quiero que este Ángel no tenga que echar de menos para su dicha sino lo que no le puedo dar, que es su cariñoso padre... Yo no podría reemplazarle jamás al lado vuestro.

El conde era feliz por la primera vez de su vida, y ya estaba formando mil proyectos en favor de su cuñada y sobrina, cuando de repente se oscureció su semblante y exclamó:

—Esta maldita guerra me impedirá realizar mis pensamientos... Venid, señora, con nuestra querida Blanca y vuestro dignísimo padre Ostroff á la capital, y así podré veros todavía antes de salir para la campaña.

—Dispensadme, señor conde, dijo María; me es imposible aceptar vuestras ofertas antes de la paz, por-